

LA VOZ DE LA MUJER

Aparece cuando puede
y por suscripción voluntaria

Periódico Comunista-Anárquico

Dirección: J. CALVO, a cualquier periódico
Anárquico en curso de publicación

Nuestros propósitos

— * —

COMPAÑEROS Y COMPAÑERAS ¡SALUD!

Y bien: hastiadas ya de tanto y tanto llanto y miseria, hastiadas del eterno y desconsolador cuadro que nos ofrecen nuestros desgraciados hijos, los tiernos pedazos de nuestro corazón, hastiadas de pedir y suplicar, de ser el juguete, el objeto de los placeres de nuestros infames explotadores o de viles esposos, hemos decidido levantar nuestra voz en el concierto social y exigir, exigir decimos, nuestra parte de placeres en el banquete de la vida.

Largas veladas de trabajo y padecimientos, negros y horrorosos días sin pan han pesado sobre nosotras, y ha sido necesario que sintiésemos el grito seco y desgarrante de nuestros hambrientos hijos, para que hastiadas ya de tanta miseria y padecimiento, nos decidiésemos a dejar oír nuestra voz, no ya en forma de lamento ni suplicante querella, sino en vibrante y enérgica demanda. Todo es de todos.

Hasta ayer hemos suplicado a un Dios, a una virgen u otro santo no menos imaginario el uno que el otro, y cuando llenas de confianza hemos acudido a pedir un mendrugo para nuestros hijos, ¿sabéis lo que hemos hallado? La mirada lasciva y lujuriosa del que anhelando cambiar de continuo el objeto de sus impuros placeres,

nos ofrecía con insinuante y artera voz un cambio, un *negocio*, un billete de banco con que tapan la desnudez de nuestro cuerpo, sin más obligación que la de *prestarles* el mismo.

Marchamos más adelante, siempre confiadas y con la esperanza puesta en Dios y en los cielos, y después de haber tropezado y caído por no mirar por donde caminábamos mientras fijábamos nuestra anhelante mirada en los cielos, ¿sabéis lo que encontramos? Lascivia y brutal impureza, corrupción y cieno y una nueva ocasión de vender nuestros flacos y macilentos cuerpos. Volvimos atrás nuestros ojos, ¡secos sí, muy secos ya! y allá, a lo lejos, en lontananza, casi vimos a nuestros hijos, pálidos, débiles y enfermizos... y la brisa caliginosa ya, nos traía la eterna melodía del pan. ¡Mamá, pan por Dios! Y entonces comprendimos por qué se cae... por qué se mata y por qué se *roba* (léase *expropia*).

Y fue entonces también, que desconocimos a ese Dios y comprendimos cuán falsa es su existencia; en suma, que no existe.

Fue entonces que compadecimos a nuestras caídas y desgraciadas compañeras. Entonces quisimos romper con todas las preocupaciones y absurdas trabas, con esta cadena impía cuyos eslabones son más gruesos que nuestros cuerpos. Comprendimos que teníamos un enemigo poderoso en la sociedad actual y fue entonces también que mirando a nuestro alrededor, vi-

mos muchos de nuestros compañeros luchando contra la tal sociedad; y como comprendimos que ése era también nuestro enemigo, decidimos ir con ellos en contra del común enemigo, mas como no queríamos depender de nadie, alzamos nosotras también un girón del rojo estandarte; salimos a la lucha... sin Dios y sin jefe.

He aquí, queridas compañeras, el porqué de nuestro periódico, no nuestro sino de todos, y he aquí, también, porqué nos declaramos COMUNISTAS ANÁRQUICAS proclamando el derecho a la vida, o sea igualdad y libertad.

LA REDACCIÓN

BRINDIS

¡Salud Compañeras! La Anarquía
Ya trémola el pendón libertador;
¡Hurra, hermanos queridos, a la lucha!
¡Fuerte el brazo, sereno el corazón!

Miradlo ¡sí! ¡No veis el Horizonte
Radiante luz iluminando estar?
Y entre inmensos cendales ondeando
Nuestro rojo pendón. ¡Hurra a luchar!

Que no haya entre nosotras rezagadas
Nuestra lucha es a muerte y sin cuartel;
¡Hurra! hermanas queridas, otro
[esfuerzo,
Y ¿quién duda que habremos de
[vencer?

Estrechemos las filas, camaradas
El rojizo pendón al tremolar,
¡Anarquía y Salud! ¡Y destrozadas
Las falanges burguesas huirán!

Serenas, sin temor, siempre avanzando,
Siempre altivas marchamos por

[doquier,

Los esbirros burgueses arrollando
Destrozando las leyes y el poder.

¡Compañeros! Cada claro en nuestras
[filas

Contestado ha de ser con la
[explosión,

Y así, cual torrente, iremos formidable
Proclamando *Social Revolución*.

JOSEFA M. R. MARTÍNEZ

¡OBREROS!

¿Será posible, que jamás os habéis de
dar cuenta de lo que sois y deberíais ser?

¿No habéis comprendido aún, el
tristísimo y repugnante papel que re-
presentáis cuando acudís, como mise-
rables idiotas, a esas plazas, a esas ro-
merías, a esas paradas militares, etc.,
en donde sois despreciados, y escarne-
cidos de mil maneras y modos?

¿No habéis observado, pobres ilu-
sos, el desprecio con que sois mirados,
por los que os roban?

¿No habéis visto, cual se apartan
de vosotros, donde quiera que os pre-
sentéis, aquellos a quienes con vuestro
sudor mantenéis y sostenéis de mil
modos, y dais vida, como el sol da luz,
como el fuego da calor?

Id, sí, pobres gentes, como ellos os
llaman, id a divertir al verdugo, id a
animar sus fiestas, id a ser el objeto de
la risa de nuestros explotadores, id a
recoger las denigrantes frases con que
os nombran.

Id a la catedral a contemplar bo-
quiabiertos, la exuberante, la hidrópica
vitalidad de los chupadores de sangre
obrero; id a contemplar la hipócrita
fuz de los que nos llaman borregos; id,
con ojo avizor y atento oído, a escu-
char las mil frases de la refinada hipo-
cresía de un fraile, sea un puerco Cas-
tellano o un mastín Jara.

¡Id a ser el hazme reír de esa fiera
Insaciable, de esa hiena jamás satisfe-
cha, de ese roedor cáncer, de ese pon-
zoñoso reptil a quien, por decirlo to-
do, se llama "Burguesía", palabra que
quizá no comprendéis, porque en sí
encierra todo lo inicuo, todo lo infame,
todo lo más asquerosamente repug-
nante que concebir pueda el per-
vertido y sanguinario cerebro de un...
¡hombre!

Id, pero al menos, daos cuenta del
triste, sí, muy triste papel que allí de-
sempeñáis.

Mirad, ¿veis, allí en aquellas que se
llaman Romerías, aquello que tiene
tantos escudos y colores? pues aquél es
el "palco oficial", ¿sabéis? pues allí no
tenéis entrada, allí no permiten que
entréis, pues vuestras torpes maneras,
vuestras manos callosas (que a ellos
sustentan), no pueden, ni deben (di-
cen), estrechar la fina y enguantada
diestra de tanto y tanto... Burgués
(puff), de tanta y tanta noble y empe-
rifollada... Burguesita: sabéis, se os
desprecia y causáis asco, ¿enten-
deís? ¡asco!

¿Veis aquello, mirad; aquello que
se llama palo jabonado? pues bien,
aquel palo está puesto allí para voso-
tros, para los obreros, ¿sabéis para qué?
para ellos poderse reír de nuestra torpe
conducta, sí, para vernos forcejear,

cuando intentemos subir a alcanzar el
miserable premio que la refinada "ca-
ballerosidad"... Burguesa nos ofrece.

¡Ah! ¡tenéis hambre! ¡por la cara
de un Burgués!... ¡expropiad, matad
todo eso, es bueno y natural, pero ja-
más debemos renunciar a ser hombres,
para ser micos o fantoches!

Mirad a aquel hermano, aquel
compañero nuestro, ¿vedlo cual force-
jea para subir? ¿oís las carcajadas esta-
llar vibrantes? ¡Ah! es la fiera, es la
burguesía que se refocila de alegría
cual se refocila el cerdo entre el barro,
o el juez ante la veintena de infelices
víctimas que piensa enviar al cadalso,
sí ella, esa fiera llamada burguesía, se
refocila al vernos, tan brutos, tan tor-
pes y piensa: Mientras haya tanto bes-
tia, no temo a nada, ni a nadie.

¿Habéis visto u oído decir, cual se
revuelca trémula, delirante de goce, la
hiena después de hundir hocico en las
entrañas de la víctima, y la contempla
inerte y aspira con anhelante delicia
los vapores de la sangre en tanto que
se revuelca en ella?

¿No habéis oído decir cual se aprie-
ta con las finas manos la exuberante
panza, el reyezuelo, presa de convulsi-
va risa, y babeante el "real" labio, mi-
rar con el rostro descompuesto y amo-
ratado aún por la risa el rostro
compungido del infeliz bufón, a quien
acaba de aplicar un "real" latigazo?

Pues así, de tal modo, y con tales
nobles pesares, se ríen de ese infeliz, es
decir de nosotros.

Pero, venid, ¿veis aquella criatura
que, pálida y demacrada, la faz débil y
enjuto el cuerpecito, está tirada, por
decirlo así, entre una rueda de estúpi-
dos? ¡la veis?, mirad, su gorrita puesta

LA VOZ DE LA MUJER

Aparece cuando puede
y por suscripción voluntaria

Periódico Comunista-Anárquico

Dirección: A. BARCLA
Casilla Correo 1277 - Capital

¡APARECIÓ AQUELLO!

— * —

(A los escarabajos de la idea)

Cuando nosotras (despreciables e ignorantes mujeres) tomamos la iniciativa de publicar "*La Voz de la Mujer*", ya lo sospechábamos ¡oh moderanos cangrejos! que vosotros recibiríais con vuestra macanística y acostumbrada filosofía nuestra iniciativa porque habéis de saber que nosotras las torpes mujeres también tenemos iniciativa y ésta es producto del pensamiento; ¡sabéis?, también pensamos.

Apareció el primer número de la "*La Voz de la Mujer*", y claro ¡allí fue Troya!, "nosotras no somos dignas de tanto, ¡cá! no señor", "¿emanciparse la mujer?", "¿para qué?" "¿qué emancipación femenina ni que ocho rábanos?" "¡la nuestra", "venga la nuestra primero!", y luego, cuando nosotros 'los hombres' estemos emancipados y seamos libres, allá veremos".

Con tales humanitarias y libertadoras ideas fue recibida nuestra iniciativa.

Por allá nos las guarden, pensamos nosotras.

Ya teníamos la seguridad de que si por nosotras mismas no tomábamos la iniciativa de nuestra emancipación, ya podíamos tornarnos momias o algo por el estilo, antes que el llamado Rey de la tierra (hombre) lo hiciese.

Pero es preciso señores cangrejos y no anarquistas, como mal os llamáis,

pues de tales tenéis tanto como nosotras de frailes, es preciso que sepáis de una vez que esta máquina de vuestros placeres, este lindo molde que vosotros corrompéis, ésta sufre dolores de humanidad, está ya hastiada de ser un cero a vuestro lado, es preciso, ¡oh!, ¡falsos anarquistas! que comprendáis una vez por todas que nuestra misión no se reduce a criar vuestros hijos y lavaros la roña, que nosotras también tenemos derecho a emanciparnos y ser libres de toda clase de tutelaje, ya sea social, económico o marital.

Para vosotros, ¿qué es una mujer fea o bonita, joven o vieja? ¡una sierva, una fregona!

Cuando vosotros, en la terrible y desesperada lucha por la vida inclináis abatidos la cabeza sobre el lacerado pecho, si os salís a disipar vuestro mal humor, cuando en nosotras no lo hacéis, ahí quedan vuestras hembras (para vosotros no somos otra cosa), vertiendo amargo lloro, esto os debe hacer comprender que la diferencia de sexo no nos impide de sentir y pensar.

Ya sabíamos señores infelices que para vosotros una mujer no es más que un lindo mueble, algo así como una cotorra que os halaga, os cose, os trabaja, y lo que es más, os obedece y teme.

¿Verdad señores maridos? ¡no es verdad que es muy bonito tener una mujer a la cual hablaréis de libertad, de anarquía, de igualdad, de Revolución Social, de sangre, de muerte, para que ésta, creyéndos unos héroes os

diga en tanto que temiendo por vuestra vida (porque, claro, vosotros os fingís exaltadísimos) os echa al cuello los brazos para reteneros y casi sollozando, murmura "¡Por Dios, Perico!",

¡Ah! ¡aquí es la vuestra! Echáis sobre vuestra hembra una mirada de conmiseración, de amor propio satisfecho de hidrópica vanidad [y] lo decís con teatral desenfado: "Quita allá mujer, que es necesario que yo vaya a la reunión de tal o cual, de lo contrario los compañeros... vamos no llores, que a mí no hay quien se atreva a decirme, ni a hacerme nada".

Y, claro, con estas "paradas" vuestras pobres compañeras os creen unos leones (para el pan lo sois) y piensan que en vuestras manos está el porvenir social de este valle de... anarquistas de macana.

Claro que con esto os dais una importancia que no digo nada, y como vuestras infelices compañeras os creen unos formidables revolucionarios, claro que os admiran intelectual y físicamente.

Es por esto que cuando tenéis algo que hacer observar a vuestras compañeras os basta con fijar en ellas vuestra fuerte e irresistible mirada, para que éstas agachen tímidamente la cabeza y digan:

¡Es tan revolucionario!

Por esto, sí señores anarquistas cangrejiles, es por esto que no queréis la emancipación de la mujer porque os gusta ser temidos y obedecidos, os gusta ser admirados y alabados.

Pero, a pesar vuestro, ya lo veréis, haremos que "La Voz de la Mujer" se introduzca en vuestros hogares y que diga a vuestras compañeras que no

sois tales leones, ni siquiera perros de presa; lo que sí sois es un compuesto de gallinas y cangrejos (extraño compuesto ¿eh?, pues tal sois) que hablan de libertad y sólo la quieren para sí, que hablan de anarquismo y ni siquiera saben... pero dejemos eso, que vosotros sabéis demasiado lo que sois y nosotras también ¿eh?

Ya los sabéis, pues, vosotros los que habláis de libertad y en el hogar queréis ser unos zares, y queréis conservar derecho de vida y muerte sobre cuanto os rodea, ya lo sabéis vosotros los que os creéis muy por encima de nuestra condición, ya no os tendremos más miedo, ya no os admiraremos más, ya no obedeceremos, ciega y tímidamente vuestras órdenes, ya pronto os despreciaremos y si a ello nos obligáis os diremos cuatro verdades de a puño. Ojo, pues, macaneadores, ojo cangrejos.

Si vosotros queréis ser libres, con mucha más razón nosotras; doblemente esclavas de la sociedad y del hombre, ya se acabó aquello de "Anarquía y libertad" y las mujeres a fregar. ¡Salud!

LA REDACCIÓN

Educación, Amor y Miseria

— Señora ¿por qué cruel,
De tal modo castigáis
A ese niño inocente?

— ¿Qué os importa? ¡Impertinente!
— ¿Sois acaso padre de él?

— Su padre no soy mas digo
No lo debéis maltratar.

— ¿No le he de castigar
Siendo tan mal educado?

— De él la culpa no es.
Es de quien mal le educó.

— ¡Torpe sois! ¿No comprendéis
Que no he podido, ¡hay de mí!
Darle educación mejor?

— ¿Por qué, pues con torpe afán
Le disteis la vida al niño?
¿Fruto no es de aquel cariño...?

— ¡Jamás para mí lo ha habido!

— ¿Pues entonces por qué lo ha sido?

— ¡Por un pedazo de pan!

JOSEFA M. R. MARTÍNEZ

LUCHEMOS...

Sí, compañeros, ¡luchemos!, tal es la palabra que nuestros labios secos y contraídos pronuncian cada vez que con la mente medimos el camino que por andar nos falta. ¡Luchemos! ¡Luchemos! repetimos, cada vez que fatigadas, pero no abatidas, nos detenemos un instante para recobrar aliento y nuevos bríos.

Y ¡luchemos! tornamos a repetir a cada vez que un nuevo obstáculo se nos presenta, pretendiendo interrumpir nuestra marcha. Sí, ¡luchemos! repetimos con la serena convicción del que no duda del triunfo.

Hemos principiado a respirar algo de eso que se llama libertad cuando desechando torpes y viejas preocupaciones nos lanzamos a la lucha; lucha terrible y formidable como los son todas las de la libertad, contra la opresión, la de la víctima contra sus verdugos, la de la razón contra la fuerza, las de la civilización contra el obscurantismo (léase religión, pues ésta, el germen es de tal).

Tal vez esta lucha sea superior a nuestras fuerzas, pero ¿qué da? ¿qué nos importa eso? ¡nada! Si caemos será defendiéndonos y con la dulce seguridad del triunfo, pues otras ocuparán nuestros puestos y la de la venganza.

Mujeres de decisión y habituadas a la jamás interrumpida lucha contra el hambre, que negra, cruel y vengativa desde la cuna nos persigue con ensañamiento feroz, ¿qué nos puede importar la cárcel? ¿qué las denigrantes palabras de nuestros enemigos? como de enemigos, el más imponderable desprecio, como de hombres ¡asco! nos inspiran.

¡Luchemos! sí, exclamamos con rencor fiero cuando oímos el grito monótono (a fuerza de oírlo) ¡pan! ¡mamá, pan!

¡Luchemos! exclamamos cuando vemos caer empapado en sangre y el cuerpo acribillado de heridas a uno de nuestros compañeros, ¡luchemos!, sí, ¡que hay un crimen más que vengar!

¡Luchemos! repetimos satisfechas cuando vemos rodar ensangrentado el cuerpo de uno de nuestros enemigos.

¿Qué nos importa morir, si en nuestros pechos vive la seguridad del triunfo? ¿qué importa caer?

¡Ah, burgueses, enemigos del bienestar del pueblo, construid cárceles, alzad guillotinas, fusilad y agarrotad!